

MONASTERIO DE CASIANO EN BELÉN.

ERMITAS DE THECUE. — VIDA MONASTICA DE SAN JERONIMO¹.

Ahora hablaremos de los monasterios de los arrabales de Belén, de los cuales parece que era el más antiguo aquel en que se retiró Casiano al principio de su profesión eclesiástica. Algunos autores han creído que no era diferente del de san Jerónimo; pero esto es contra toda apariencia, pues este no fué construído hasta 389, mientras que Casiano había entrado mucho antes en aquel en que fué formado, y habla del mismo como de un monasterio donde había religiosos de una edad muy avanzada. Por otra parte, en el de Casiano se instituyó la oración de prima, que no estaba en uso en el de san Jerónimo, pues este santo doctor que habla con frecuencia de las otras obras no dice una palabra de esta.

Gazeo, que es de opinión contraria, ha creído que san Jerónimo no hizo más que añadir nuevas habitaciones al de Casiano, á causa del gran número de forasteros que de todas las partes del mundo iban á visitar el lugar en donde Jesucristo quiso nacer; pero esto no basta para persuadirnos de que este sea el mismo monasterio que el de Casiano. Es de creer que, para satisfacer la piedad de muchos religiosos que querían tener el consuelo de vivir en sus ejercicios cerca del pesebre del Salvador, se edificaron allí muchos monasterios. Y en efecto, á más de los de Casiano y

¹ San Jerónimo, Vit. PP., Casiano, Gazeo, Sulpicio-Severo, los Bolandistas.

de san Jerónimo, Paladio habla de uno que cierto religioso, llamado Pasidonio, habitaba en un lugar llamado *Los rebaños* cerca de Belén, en donde él mismo moró un año entero. Este sería el lugar para hablar de este Pasidonio de quien Paladio hace el elogio; pero se sabe que este autor tenía prevenciones contra San Jerónimo, y que también las comunicó á este solitario cuya virtud ensalza.

Volviendo al monasterio de Casiano, es cierto que en él se vivía en una singular observancia, y que allí reinaba una grande caridad por parte de los superiores y una grande unión por parte de los religiosos. Esto se ve por la dificultad que él y Germán tuvieron para obtener el permiso de hacer el viaje á Egipto, en el temor que alguna tentación no los disgustase de su profesión cuando estuvieran fuera del monasterio, ó en la pena que experimentaban al separarse de ellos temiendo no se quedasen para siempre en Egipto; y también por la alegría y ternura con que les recibieron á su regreso.

La piedad de estos religiosos también les hizo escuchar con santa avidez todo cuanto les contaron de las prácticas que habían visto en las soledades de Scete y de Egypto. Y en fin el desprendimiento de todo amor propio se conoce también porque después de haber oído las relaciones que les hicieron, ya no se opusieron al propósito que tenían de volver allí para vivir en la perfección de los anacoretas, más eminente que la de los cenobitas; y que, á pesar del deseo que tenían de retenerlos por el amor que les profesaban, prefirieron de buena gana su provecho espiritual á la satisfacción de tenerlos en su compañía. También Casiano confiesa que había recibido excelentes instrucciones entre ellos y se felicita en más de un lugar de la educación religiosa que le habían dado.

La institución del oficio de Prima prueba también con cuanto cuidado los ancianos de este monasterio procura-

ban sostener la disciplina regular y combatir el relajamiento y la tibieza, y cual era la sumisión de los más jóvenes al reglamento de los ancianos. Casiano nos enseña en estos términos en que ocasión y como se hizo esto. Esta primera hora de Prima, dice, empezó por ser establecida, como una oración canónica, y fué practicada por primera vez en nuestro monasterio de Belén, en donde Jesucristo nuestro Salvador habiendo nacido de una virgen y habiéndose dignado recibir los acrecentamientos de su infancia, quiso también fortificar con su sabiduría mi infancia espiritual, que era aún tierna y nueva en la religión y necesitaba atetarse... Es cierto que hasta entonces el tiempo que quedaba después de las preces de Laudes estaba ordenado por nuestros Padres para el descanso del cuerpo; pero los laxos abusando de esta indulgencia dormían más tiempo de lo que debían, porque no había necesidad alguna de reunirse que los obligase antes de la hora de Tercia á salir de sus celdas, ó á levantarse de su cama; y así, además de perder el tiempo del trabajo, se ponían también en estado, durmiendo demasiado, de relajarse y quedar sin vigor en lo restante del día y en las otras horas del oficio, particularmente en los días en que siendo más largas las vigiliias los podían fatigar más. Por esto algunos de los más fervorosos de entre los hermanos, á quienes esta negligencia y pereza disgustaban en extremo, hicieron sus quejas á los ancianos, quienes, después de haber discutido largo tiempo la cosa entre ellos y después de grandes deliberaciones, resolvieron que después de los Maitines se dejaría descansar á los religiosos hasta salir el sol, en cuya hora ya no se debía temer que se volvieran á acostar, y que entonces se les llamaría para que todos juntos fueran á cumplir con este nuevo oficio.

« Así, después de haber recitado tres salmos y tres oraciones, que es el número ordenado en Tercia y en Sexta para indicar una triple confesión, ponían fin á su sueño y

comenzaban al mismo tiempo su trabajo. Pero aunque este reglamento no hubiese sido establecido de nuevo más que por ocasión y solamente por la razón que indicamos, sin embargo completó admirablemente á la letra este número misterioso de que nos habla David: Yo os he alabado siete veces al día á causa de los juicios de vuestra justicia. (Psal. 118); pues es evidente que con este nuevo oficio los religiosos se reunían siete veces al día para alabar á Dios. »

Tal fué el origen del oficio de Prima que hoy día forma parte de las Horas canónicas. Su institución se hizo en el monasterio de Casiano, pero su uso no se estableció en otras partes más que poco á poco, resistiéndose los antiguos monasterios á admitirlo á causa de su novedad, y no queriendo cambiar nada en su disciplina. Con el tiempo se hizo general; y cuando Casiano escribía sus *Instituciones*, estaba en vigor en las provincias de Occidente, como él lo dice expresamente en el capítulo que acabamos de citar.

Aquí tomaremos ocasión para hablar de la muerte de los santos solitarios del desierto de Thecue, de que Casiano hace el objeto de la sexta conferencia con el abad Teodoro. De estos solitarios sólo sabemos lo que él escribió, y los continuadores de Bolando nada más encontraron. Ahí va la relación muy lacónica de Casiano: « En el lugar de la Palestina, dice, que está próximo á la aldea de Thecue, honrado en otro tiempo con el nacimiento del profeta Amós, hay una vasta soledad que se extiende hasta la Arabia y el mar Muerto, en el cual se pierden las aguas del Jordán y se confunden con las cenizas de Sodoma. En este desierto moraron muy largo tiempo los excelentes anacoretas, que, después de una vida muy santa, fueron cruelmente muertos por los Sarracenos que recorrían y saqueaban toda la provincia. Es verdad que después de su muerte todo el mundo les manifestó el respeto que les tenían durante su vida. Los obispos del país y todo el pueblo de la

Arabia fueron á buscar sus cuerpos con una veneración profunda, y los colocaron entre las reliquias de los mártires. La estimación en que se tenía su santidad llegaba á tal punto, que una infinidad de personas de las dos villas vecinas salieron con las armas, y se declararon mutuamente la guerra, disputando cada una de ellas con la punta de la espada de quien sería el cuerpo de estos gloriosos anacoretas. Su devoción les hizo exponer audazmente su vida para sostener el derecho que pretendían sobre estas preciosas reliquias. Los unos decían que les eran debidas por el derecho de vecindario, y los otros que les pertenecían por el derecho de nacimiento. » Esto es cuanto Casiano nos ha dejado de estos santos ermitaños coronados por el martirio, y á quienes la Iglesia reconoce como tales en su Martirologio el 28 de mayo.

Los continuadores de Bolando confiesan que no habiendo Casiano nombrado las dos villas que se disputaban sus sagradas reliquias, no se puede saber cual de las dos le dió nacimiento y en donde estaba precisamente su monasterio. Él no ha hablado de ellos en la vida de san Eutimio, ni en otra parte, por más que allí se haya hecho mención de la aldea de Thecue. Tampoco ha dicho nada de ellos en el díptico de san Sabas, ni en los otros libros destinados para los oficios, eclesiásticos de los monasterios de Palestina. Se presume que este silencio proviene de que habiendo sido distribuidas sus reliquias entre diferentes lugares, y destruido de raíz su monasterio, se había perdido su memoria, no habiendo nadie escrito su historia; y en el transcurso del tiempo habiendo este país caído enteramente bajo el dominio de los Sarracenos, no restó vestigio alguno quedando del todo olvidadas. Nos falta notar que el martirio de estos Santos sucedió hácia el fin del siglo cuarto; lo que prueba que ya entonces se profesaba una veneración especial á las reliquias de los santos.

Nos falta hablar de la vida monástica de san Jerónimo. No entraremos en detalles sobre sus otras acciones que están fuera de nuestro propósito. Por más que sea un egregio doctor de la Iglesia, aquí sólo lo consideraremos como solitario. Era de Stridon en Dalmacia, en donde nació hacia el año 329; pero hizo sus principales estudios en Roma bajo el famoso Donato, gramático. Después de haber sido bautizado, viajó por la Francia, se detuvo algún tiempo en Treves, pasando después á Aquilea en donde conoció á san Valeriano, obispo de esta ciudad, y á otros excelentes personajes, entre los cuales se nombran al sacerdote Chromacio, los diáconos Jovinio y Eusebio, el subdiácono Niceas y los monjes Florente, Bonasio, Rufino, Crisógono. Su extremo amor al estudio se había divulgado mucho en Roma por sus progresos; y también para perfeccionarse en él hizo su viaje á las Galias. Su aplicación no sólo había servido para enriquecer su espíritu con los bellos conocimientos de la literatura, había sido un medio de retirarlo de las ocasiones en las cuales la juventud licenciosa hace á veces tristes naufragios. También después que hubo recibido el santo bautismo, Dios le hizo la gracia de vivir en una grande abstinencia, y de santificar sus estudios con la virtud. Entre sus prácticas de piedad durante su permanencia en Roma sobresale la de ir todos los domingos con sus compañeros á visitar las reliquias de los Santos en las catacumbas del alrededor de esta ciudad.

Antes de dejar á Aquilea deliberó largo tiempo sobre el lugar que escogería para vivir en el retiro y aplicarse más apaciblemente al estudio. En su patria no hubiera encontrado medios para ello, donde habría sido demasiado importunado por las gentes que pensaban totalmente diferente que él. En Roma era demasiado conocido; emprendió, pues, el viaje á Oriente, resuelto á establecerse allí. Evagrio, Inocencio y Heliodoro le siguieron, y él no se llevó más que

los libros de que ya había hecho una elección. Después de haber recorrido la Tracia, el Ponto, la Bitinia, la Galacia, la Capadocia, la Cilicia, y de haber permanecido algún tiempo en Tarso lugar del nacimiento de san Pablo, pasó á Antioquía y se retiró en el desierto de Chalcis sobre los confines de la Siria y de la Arabia en donde abrazó la profesión monástica.

Allí tuvo por compañeros á Inocencio, á Heliodoro, é Hylas. El sacerdote Evagrio se había quedado en Antioquía, desde donde le mandaba las cartas que le dirigían de diferentes lugares. Para adelantar en este nuevo género de vida se recomendó á las oraciones de san Teodosio y de algunos otros santos solitarios de Siria, á quienes había visto pasando cuando meditaba su retiro. « Yo bien quería, les dijo, estar ahora con vosotros; y aunque indigno de veros, me alegraría muchísimo de abrazar á toda vuestra santa comunidad. Yo vería una soledad más agradable que todas las soledades del mundo, y unos desiertos habitados como el paraíso terrenal, por una multitud de santos. Pero, ya que un pecador tan grande como yo no merece vivir en vuestra compañía, os suplico al menos que roguéis á Dios para que me libre de las tinieblas de este mundo, y esté yo seguro que podré sostener esta gracia por mí. Os lo dije ya con mi boca, y aun hoy os lo repito; nada hay que yo desee con tanta pasión como verme libre de la servidumbre del siglo.... Me parece que un vasto mar me rodea por todos lados, y en la situación en que me hallo no sabría adelantar ni retroceder. De vuestras oraciones, pues, aguardo el viento favorable del Espíritu Santo para continuar mi curso y llegar felizmente al puerto. »

El desierto de Chalcis fué este puerto en donde se retiró; pero después de haber gustado en él por algún tiempo la calma de la soledad, el Señor, que quería probarlo y santificarlo con la tribulación, temperó las dulzuras de su des-

canso con grandes amarguras. La muerte le arrebató á Inocencio é Hylas, y su amado Heliodoro lo dejó para volverse á Italia. A estas tristes separaciones que hicieron sufrir mucho á su corazón, sucedieron diversas enfermedades de que fué atacado; y en fin, en el intervalo de estos males fué atormentado por tentaciones muy fastidiosas, causadas por el recuerdo de las delicias de Roma, que hería su espíritu muy vivamente. Lo explica así á la virgen Eustoquia en la excelente carta que le escribió sobre la virginidad, y que movió mucho ruido en Roma cuando allí se publicó.

« En el tiempo, dice, que yo moraba en el desierto y vivía en aquella vasta soledad, que, abrasada por los ardores del sol, nada hay más horrible para los solitarios que la habitan, ¿cuantas veces me imaginé estar en Roma en medio de las delicias? Así cuando estaba todo solo en el fondo de mi retiro, sumergido en un abismo de amargura, revestido de un saco cuya sola vista horrorizaba á la naturaleza, y que servía para cubrir un cuerpo todo desfigurado y una piel toda negra, semejante á la de un Etiope, toda mi ocupación consistía en pasar los días y las noches en lágrimas y gemidos, estaba rendido de sueño, y á pesar mío obligado á sucumbir dejaba caer sobre la tierra nuda un cuerpo que, no era mas que un verdadero esqueleto. Nada os digo de mi nutrición, pues en el desierto los enfermos mismos no beben mas que agua, y se imaginan que hay delicadeza y sensualidad en comer alguna cosa cocida. Encerrado, pues, como estaba en esta especie de cárcel, á la cual voluntariamente me había condenado para evitar los fuegos del infierno, y no teniendo por toda compañía más que los escorpiones y las bestias feroces, no dejaba de hallarme con frecuencia en espíritu en medio de las damas romanas: bajo un aspecto deshecho y abatido por un continuo ayuno, ocultaba un corazón agitado por malos deseos; en un cuerpo todo de hielo y en una carne

ya muerta antes de la entera destrucción del hombre, la concupiscencia entretenía un fuego que nada podía apagarlo.

« Viéndome, pues, sin esperanza y sin recurso, me echaba á los piés de Jesucristo, regándolos con mis lágrimas, enjugándolos con mis cabellos, y pasando las semanas enteras sin comer á fin de domar mi carne rebelde y someterla al espíritu. Con mucha frecuencia pasé los días y las noches gritando é hiriendo mi pecho, hasta que el Señor disipando la tempestad volvió la calma en mi corazón. Yo temía entrar en mi celda que había visto nacer tantos pensamientos perversos. Animado contra mí mismo de una justa cólera, y tratando mi cuerpo con la última severidad, mi introducía solo en el desierto; y si encontraba algún valle profundo, alguna alta montaña, alguna roca escarpada, pronto lo convertía en un lugar de oración y como en una especie de carcel en donde encadenaba mi miserable carne. Allí, abismado en mis lágrimas y teniendo sin cesar los ojos elevados al cielo, algunas veces me imaginaba estar en compañía de los ángeles, y en los trasportes de mi alegría cantaba: *Nosotros corremos detrás devos atraídos por el olor de vuestros perfumes* (Cant. 1°). »

Este gran Santo, en el extracto que acabamos de hacer de su carta con las tentaciones que sufría nos demuestra cuan laboriosa y penitente era su vida; nos indica cuales eran sus vigiliás, sus ayunos, sus posternamientos á los piés de Jesucristo, sus largas oraciones, sus combates contra las revoluciones de la carne, sus recursos entonces á la oración; y como Dios, favorable á sus suspiros y á sus lágrimas, volvía la tranquilidad á su corazón, y hacía suceder á la turbación y al dolor la santa alegría de su espíritu consolador.

Para deshacerse de estos pensamientos que le asediaban, añadió á sus trabajos el estudio de la lengua hebráica.

Pero acostumbrado á la lectura de Cicerón y de los mejores autores latinos, no podía sin repugnancia entretenerse en los elementos y frioleras de la gramática; de suerte que fatigado por este trabajo, lo dejaba y lo iba tomando por intervalos, rehaciéndose de su fastidio en las bellas letras que no había abandonado á pesar del rigor de su penitencia. Mas Dios, que quería hacer de él uno de los más profundos intérpretes de la Escritura para la utilidad de su Iglesia, le envió una fiebre violenta, durante la cual tuvo una visión, en la que le hizo conocer cuanto le desagradaba este gusto por los autores profanos, y la cuenta ríguosa que de ello daría un día, si continuaba aplicándose á ellos con un ardor tan poco conveniente á su estado de solitario. En la misma carta á la virgen Eustoquia habla del asunto así (Ep. 22): « Tal era mi miseria y el exceso de mi pasión, que después de haberlo dejado todo para servir á Dios y ganar el reino del cielo, me llevaba los libros que había recogido en Roma con mucho cuidado y trabajo, de que no podía desprenderme. Ayunaba y leía á Ciceron: y después de largas y frecuentes vigiliás, después de haber derramado torrentes de lágrimas, que el recuerdo de mis pecados hacía manar del fondo de mi corazón, me ponía á leer á Platón; y cuando entrando en mí mismo, me aplicaba á la lectura de los profetas, su estilo duro y grosero me repugnaba al momento. Ciego como estaba é incapaz de ver la luz, la tomaba del sol, en lugar de reconocer mi ceguera.

« Seducido, pues, y engañado de la especie por los artificios de la antigua serpiente, tuve hácia la media cuaresma una fiebre que, penetrando hasta el meollo de mi cuerpo, ya debilitado por las continuas austeridades, me secó de tal modo, que no me quedaban mas que los huesos. Como mi cuerpo estuviera ya todo frío, y no me quedara más que un resto de vida que el calor natural aun conservaba, se preparaban ya para hacer mis funerales, cuando repentina-